

PASO DE TROPA: UN TEMA VIVO

En los últimos treinta y treinta y cinco años se ha desarrollado en nuestro país una copiosa narrativa que ofrece ya algunas obras maestras del cuento y de la novela. La temática ha sido enriquecida abundantemente. Carlos Luis Fallas y el tema de los linieros; Joaquín Gutiérrez y Puerto Limón; Fabián Dobles y el campesino de la Meseta Central; Fabián, también, el tema de la provincia adormilada; Carlos Salazar Herrera y el hombre de la costa del Pacífico, Alberto F. Cañas y nuestra clase urbana; Carmen Naranjo y nuestra burocracia; José León Sánchez y los mineros del Aguacate o los sub-hombres de San Lucas; Julieta Pinto y nuestra "buena" sociedad; Elizondo Arce y la periferia guanatesca; Duncan y la zona racial del negro. Marín Cañas, Yolanda Oreamuno y Herrera García, primero cortan el cordón umbilical del realismo costumbrista de fines de siglo, y echan a andar la novela moderna costarricense.

Los más de estos escritores, han sobrepasado, incluso, las fronteras de nuestro país. No hay derecho, entonces, para que nuestra escuela los ignore. Este es uno de esos crímenes de lesa cultura nacional que tranquilamente contempla el hombre, diz que culto, de nuestro país. Arcadia feliz. Nuestra educación oficial vive al margen, no sólo de lo que pasa en el mundo, que sería explicable, sino de lo que pasa en nuestro propio suelo. Se alimenta de discursos, lugares comunes, pedagógicos, programas trasnochados, demagogia y sacrosanta rutina.

Pero a esto no íbamos, sino a recordar un tema inusitado en nuestra producción literaria: la guerra. Las hazañas del 56 dieron algún material a Manuel Argüello Mora, a Magón. Sucedieron en un pueblo sin tradición literaria, sin capacidad creadora. Se olvidaron. Los acontecimientos histórico-políticos posteriores, todos entre sainete y bufonada, alimentaron mucho humorismo circunstancial. Pero un pueblo sin sentido trágico de la cultura, y una clase directora sin tradición cultural ni sensibilidad creadora, permanecieron mudos. El relato histórico no es suficiente. Por desgracia para nosotros, es la literatura la que va creando la imagen cultural del país, la nacionalidad —su esencia, su destino—, se va plasmando, va adquiriendo forma y sentido en la expresión del arte y la literatura. Si, además, estas expresiones cobran valor humano universal, tanto mejor. Por arte y literatura tienen una función inmediata, entrañable, vital: poner frente al hombre cotidiano que somos todos, la imagen valiosa de su propia existencia, por su pertenencia a una unidad humana superior, significativa, que ha sido creada día a día por el esfuerzo de cada hombre, por el dolor, por la lucha, por el sueño de cada uno de nosotros. El arte y la literatura van elaborando el significado de este esfuerzo, de ese dolor, de esa lucha, de ese sueño de cada uno, para incorporarlo en la imagen de la nación y de la humanidad. Patriotería y nacionalismo chauvinista es lo que suele dársele al pueblo como imagen cultural de su país. Obra de periodistas comerciantes y políticos irresponsables. Y en Costa Rica esta clase de periodismo y de político trabajan sin contrapeso. Sin el contrapeso saludable del arte y de la literatura.



Pues bien, la década del 44 al 55 fue de extraordinaria significación para la existencia histórica de nuestro pueblo. En enero del 55 ocurrió el último episodio de aquella década de violencia absurda. Fuera de una intensa crónica de Alberto F. Cañas, algún rasgo en su novela *Aquí y ahora* y un par de cuentos perdidos entre la obra de los más jóvenes sobre aquellos años nada más. Los políticos y los periodistas están más interesados en echarles tierra a aquellos sucesos, que en explicarlos. Hay, además, dos ensayos históricos con las firmas de Araya Pochet y Aguilar Bulgarelli. Los actores callan. Algunos testigos de excepción, empiezan a morir, guardando silencio. Lo mismo ocurrió con la otra etapa importante, de signo trágico: la dictadura de los Tinoco. ¿Cómo explicar este fenómeno? El pueblo es el que sufre, muere, se sacrifica da su sangre y su vida en estos sucesos. Esto no parece importarle al político. ¿O le importa ocultar el valor que esa sangre derramada tiene, para burlar más impunemente las esperanzas del pueblo que fue a la guerra?

El pequeño libro de breves relatos de Abel Pacheco, *Paso de Tropa*, es hasta ahora la más valiosa contribución artística para revelar el sentimiento con que nuestro pueblo fue a enfrentar la muerte en nuestra frontera Norte, en 1955. Pacheco no da nombres, ni fechas, ni lugares. Sólo la imagen del miedo relajando esfínteres, y el valor absurdo, y la crueldad sin sentido, y la nostalgia del hogar lejano, y las dudas y las traiciones; en una palabra, el vacío angustiioso y la monstruosa conducta del que lucha contra su propia sangre, contra su propio pueblo.

Los relatos de Pacheco son brevísimos, de un realismo de tan duro dibujo, que se compara bien con los rasgos brutales del arte del aguafuerte. Como hemos hablado del relato breve en otra columna nuestra, digamos de lo muy difícil que es dejar en él plasmado un tema con realismo y claridad, con intensidad, con precisión y con la condición necesaria de la sugerencia. Para muestra de un buen logro véase éste relato que cierra el libro:

PERDIMOS

Ver un paisaje entre rejas y estirar la mano alcanzado hasta que se lastima el hombro.

Barrotes lisos, severos.

Y los muros.

Almanaques interminables de seis palitos verticales y uno cruzado, bordados en la piedra.

La piedra suda, no llora. La hace más bien gracia estrujarlo a uno. Se le oye cuchichear y reírse por las noches cuando la cosquillean los miles de alepates bajando.

¿Cómo era el aire sin olor a letрина? ¿Cómo hablaban los hombres sin blasfemias?

La soledad lo hace a uno franciscano: hermana rata, hermana chinche, hermano carcelero...

¡Piensa, piensa en tu tierra!

Perdimos.

También perdieron los otros.

Sólo ganaron los que han ganado siempre.